

# cuadernos del claeah

# 41

## américa latina: deuda externa y desarrollo

Antía/Quijano - Cancela  
Landerretche - Labbens  
Rosales - Wonsewer

LOS PARADIGMAS DEL DESARROLLO Y LO "LOCAL"  
José Arocena

DE LA MEMORIA DEL PODER A LA MEMORIA POPULAR  
Carlos Zubillaga

LUCHA DE CLASES Y DESPUES  
Ernesto Laclau

TRES DECADAS CON BATLLE Y EL "PAIS MODELO"  
Entrevista a Milton Vanger

REVISTA URUGUAYA DE CIENCIAS SOCIALES  
Editada por CLAEH - 2da. Serie, Año 12 - 1987/1

# cuadernos del claeah

## COMITE EDITORIAL

Nelson Argones  
José Luis Castagnola  
Alicia Melgar  
Romeo Pérez Antón  
Adolfo Pérez Piera  
Patricio Rodé  
Carlos Zubillaga

## COORDINADOR EDITORIAL

Federico Bervejillo

## CONSEJO CONSULTIVO

César Aguiar  
Waldo Ansaldi  
Mariano Arana  
Pablo Bonavía  
Jorge Brovetto  
Juan Enrique Camou  
Marcelo Cavarozzi  
Pablo Corlazzoli  
Alberto Couriel  
Tomás De Mattos  
Luis Eduardo González  
Enrique Iglesias Martínez  
Jorge Notaro  
Blanca Paris  
Alvaro Ramos  
Juan Pablo Terra  
Germán Wettstein  
Israel Wonsewer

Centro Latinoamericano de  
Economía Humana.

Zelmar Michelini 1220 - T. 90 71 94  
Montevideo - Uruguay

## sumario



### ARTICULOS

Los paradigmas del desarrollo y lo "local"  
*José Arocena* ..... 5

De la memoria del poder a la memoria popular  
*Carlos Zubillaga* ..... 23

Lucha de clases y después  
*Ernesto Laclau* ..... 31

### ENTREVISTA

*Milton Vanger:*  
Tres décadas con Batlle y el "país modelo" ..... 39

### DOSSIER:

#### AMERICA LATINA: DEUDA EXTERNA Y DESARROLLO

Hacia un nuevo modelo de desarrollo.  
Propuestas y líneas de acción  
*Walter Cancela* ..... 55

Plan Baker, deuda externa latinoamericana  
y reordenamiento de la economía mundial  
*Oswaldo Rosales* ..... 77

Modernización y desarrollo.  
Notas para una discusión  
*Israel Wonsewer* ..... 125

Cinco años de crisis de la deuda  
*Fernando Antía - José Manuel Quijano* ..... 135

Inflación, deuda externa y la posición del FMI  
*Oscar Landerretche* ..... 161

La deuda pública vista por los clásicos  
*Jean Labbens* ..... 177

### CRONICAS

Primer simposio sobre Reforma Política en América Latina ..... 191

Ilustraciones de CLAUDIA ANSELMÍ

# ESTUDIOS INTERNACIONALES

*Consejo de Redacción:* Pilar Armanet, Raymundo Barros, Felipe Herrera, Enrique Iglesias, Helio Jaguaribe, Alberto van Klaveren, Gustavo Lagos, José Matos Mar, Alister Mc Intyre, Cándido Mendes, Heraldo Muñoz, Francisco Orrego Vicuña, Cleantho De Paiva Leite, Carlos Pérez Llana, Germánico Salgado, Walter Sánchez, Osvaldo Sunkel, Luciano Tomassini, Víctor Urquidí, Claudio Véliz

Fundador: Claudio Véliz

Director: Luciano Tomassini

Publicada por el Instituto de Estudios Internacionales de la  
Universidad de Chile

Año XX

Enero-marzo 1987

Nº 77

## SUMARIO

*Augusto Varas* / De la Competencia a la Cooperación Militar en América Latina.

*Pilar Armanet* / La Zona Desnuclearizada Latinoamericana en la Perspectiva de la Cooperación Regional.

*Edgardo Mercado Jarrín* / Perspectivas de los Acuerdos de Limitación y Desarme en América Latina y el Caribe.

*Francisco Orrego V.* / La Búsqueda de un Nuevo Papel para la Organización de los Estados Americanos: el Protocolo de Reformas de la Carta de 1985.

*Heraldo Muñoz V.* / Las Causas del Auge y la Declinación del Sistema Interamericano de Seguridad: Una perspectiva latinoamericana.

*Raymundo Barros Ch.* / Trayectoria y Agenda de ALADI.

### Reseñas de Libros

ESTUDIOS INTERNACIONALES  
Casilla 14187 - Suc. 21  
Santiago - Chile

Valor Suscripción Anual  
Instituciones US\$ 45  
Particulares US\$ 35

## Entrevista



## Tres décadas con Batlle y el "país modelo"

entrevista a  
*Milton Vanger*

*Múltiples peculiaridades hacen de Milton Vanger un historiador de notable interés. Profesor de la Brandeis University de Massachussets, ha dedicado más de 30 años de su vida al estudio del batllismo, en un esfuerzo sistemático que le ha permitido trascender dicho tema para ingresar a la comprensión del Uruguay.*

*Como quizá no es todavía muy conocido, Vanger ha sido uno de los pocos historiadores profesionales que ha logrado tomar contacto con los papeles personales de José Batlle y Ordóñez. Quien haya leído sus libros — "Batlle. El creador de su tiempo" y "El país modelo" — advertirá sin dificultades la ventaja que supone el manejo de tales fuentes de primera mano para la tarea historiográfica.*

*Sus trabajos son polémicos y por momentos fecundamente beligerantes. Batlle, el batllismo, la tradición y el consenso, la política de partido y la política de clase, los bloqueos internos y externos al reformismo, el rol del líder en la historia, son algunos de los tópicos que recorre esta conversación mantenida con CUADERNOS.*

*Se ha dicho que Milton Vanger es el mejor biógrafo de don Pepe Batlle. Y aun desde sus zonas más discutibles, nos parece bastante más que eso, en tanto demuestra conocer el país y su gente. Quizá una buena prueba de ello sean las páginas que siguen.*

—¿Cuál es su opinión respecto al aporte de la historiografía uruguaya en torno al tema del batllismo, tema al que Ud. ha dedicado más de 30 años de investigación? ¿Qué méritos y qué debilidades identifica Ud. a ese respecto?

—Lo más evidente es que durante y aun después de la vida de Batlle, los que se preocupaban por el tema no eran his-

toriadores propiamente dichos. El libro más importante era el de Giudice y González Conzi, pero lo escribieron en el '28, para la campaña electoral. Es un libro todavía útil, no solo porque contiene tantas citas sino también porque Batlle mismo lo corrigió. Era una obra para la gente comprometida con Batlle. El resto de los que escribieron sobre el tema eran

más bien antibatllistas.

Es cierto que hay excepciones: Grompone, que era un batllista pero además una persona muy interesante, escribió una buena introducción a la ideología de Batlle. Arturo Ardao, por su parte, con su "Batlle y el positivismo" demostró con mucha claridad que la fuente principal de Batlle había sido un libro antipositivista. Creo que su libro es la primera obra con preocupaciones históricas y no políticas. Después, supongo, vienen los trabajos de Lindahl y el mío, que eran trabajos de tesis (por una coincidencia, un sueco y un norteamericano llegaron en el mismo momento a estudiar el mismo tema). Más adelante comenzaron a trabajar algunos sociólogos, continuando la línea de Grompone, y más recientemente se produjo un cambio evidente a partir de una historiografía que supone que hay que limitar más lo político y concentrarse más en lo económico y, en particular, en lo social, y que apunta finalmente a desentrañar las relaciones entre la política y la estructura social. Hoy, saludablemente, el batllismo es un tema para historiadores, para profesionales, y creo que en este proceso Lindahl y yo tenemos algo que ver.

Es evidente, por otra parte, que la crisis del país influyó en la visión del pasado, siendo esto un aspecto clásico del historicismo. En la época del Uruguay feliz, después de la Primera Guerra, los juicios sobre Batlle eran generalmente favorables y no había mayor preocupación por el tema. La idea central apuntaba a sostener que el Uruguay era obra de Batlle (el libro de José Luis Buzzetti, "La magnífica obra de Batlle..." es un claro ejemplo al respecto). Naturalmente, con la crisis del país se impuso otro enfoque que podría sintetizarse así: "si todo está tan mal y si todo es obra de Batlle, su obra es mala". Creo que "El impulso y su freno" de Carlos Real de Azúa es un buen ejemplo de esta escuela, aunque el autor puso el acento en el freno como expresión del tipo de vida que querían los uruguayos.

Con la dictadura reciente, las va-

loraciones cambiaron nuevamente al advertirse, por ejemplo, que durante la época batllista no había habido torturas.

En definitiva, si se compara la producción de los '60 con la actual de Barrán y Nahum, se desprende claramente un mayor conocimiento, la valoración del batllismo como un movimiento con objetivos radicales, preocupaciones económicas y sociales. Creo, sin embargo, que aún no se ha explicado cómo es posible que una persona sea tan dominante en la historia, junto a un partido que todavía gobierna en el país. El problema central ya no está en "qué era el batllismo" sino en "qué quería", y "por qué no llegó a serlo" y "qué es lo que ahora quiere".

—¿Por qué Batlle más que el batllismo?

—Personalmente, dada la importancia que asigno al líder en la historia, me siento más cómodo hablando de Batlle que del batllismo. Por otra parte, el batllismo propiamente dicho no comienza hasta la formación del Partido Batllista, en 1919. Batlle siempre trató de hablar de "colorados", de "colegialistas" y, tal vez por pudor, fue reticente a ponerle su nombre al partido (había preferido llamarlo "laborista", pero sus confidentes le alertaron sobre que, si deseaba ganar las elecciones, debía aceptar la denominación de Partido Batllista).

Creo además —y discrepo aquí con Lindahl— que a partir del '19 es que se puede apreciar la etapa más radical de su vida, en la que se exponen sus ideas más importantes.

—El análisis del batllismo es una prueba del dinamismo de la historiografía, de cómo el presente va haciendo preguntas nuevas al pasado...

—La sociedad uruguaya cambió tanto que el batllismo cambió junto con ella. Véase: Luis Batlle vivía con su tío y no tengo la menor duda de que trató de cumplir sus objetivos. Pero lo que Uds. bien llaman "neobatllismo" fue ex-



presión de otras preocupaciones, de otros problemas y de otra generación. Su concepto de Batlle y del batllismo no les venía de Batlle y Ordóñez; nadie en el Uruguay habría dicho esto. Es que algo tremendo desde el punto de vista político ha pasado en este país.

—En la conferencia que Ud. dictó el año pasado, resaltaba que muchos de los postulados y de las propuestas de Batlle y Ordóñez eran radicales y estaban incumplidos. Pero la detención del empuje

reformista ya la observamos durante su vida. ¿A qué atribuye, ya en vida de Batlle, las razones fundamentales del bloqueo?

—Yo creo que una de las causas fundamentales reside en la sociedad conservadora y no dispuesta a aceptar sus reformas. Conviene recordar algunas, como el divorcio por la sola voluntad de la mujer; la campaña contra la Iglesia, no solo separada del Estado sino también presionada fiscalmente, marginada de la educación de los hijos ("EL DIA"

publicaba artículos contra la educación religiosa de los niños en términos muy duros: "hay hombres que andan con polleras, hombres muy sospechosos que hacen todo tipo de daño sexual a los niños —no solo a las niñas—"; en el plano económico, la transformación de la estancia por la vía del impuesto progresivo, la industrialización, el fomento de la pesca ("que vayan a pescar a otro lado", criticaba Herrera); y por último el Colegiado, una idea considerada totalmente fuera de lugar por muchos uruguayos. Más que el efecto sobre cada uno de los sectores sociales, lo que cuenta es la reacción generalizada de la sociedad, impresionada con la sospecha de que las reformas "no iban a terminar nunca". Creo que lo que salvó a Batlle era su condición de colorado; él exacerbó el coloradismo, el "antioribismo", y es difícil encontrar en la historia del Uruguay un colorado con tanto éxito ante los blancos como él.

En definitiva pienso que, a pesar de la modernización económica, a pesar de la inmigración, la sociedad uruguaya era conservadora. Batlle creyó que los obreros iban a votar por los colorados y que esto llenaría el vacío producido por la huida de los conservadores en su partido. Si bien ello ocurrió, la huida fue muy importante y el renacimiento electoral de los blancos significó un golpe decisivo. Yo digo que, a pesar de su poder como líder colorado, a pesar de la atracción de sus reformas, Batlle asustó a muchos. Notarán Uds. que mi análisis es muy diferente al de Carlitos Real de Azúa cuando afirma que el batllismo prometió una vida placentera. Es cierto que no pensaba mandar a la gente a Siberia, pero los uruguayos no entendían el para qué de las reformas, no solo las económicas sino sobre todo las que afectaban lo familiar, la vida cotidiana.

—A su juicio, la tradición colorada fue entonces fundamental...

—Una vez hablé con Emilio Frugoni y me dijo que el único cargo que le hacía a Batlle y Ordóñez era el de no haber ter-

minado con los partidos tradicionales. Años más tarde, muchos hacían similar observación. Pero en mi opinión, la búsqueda de "fuerzas sociales" en apoyo al batllismo es algo muy teórico. En todo caso, por sí solas no hubieran logrado nada: la fuerza movilizadora —como el Islam— fue la fuerza del Partido Colorado.

El tema de la tradición lo he estudiado mucho y no sé si lo he solucionado. Si su abuelo había muerto en la Guerra Grande, eso ya bastaba para una filiación política. Aun los inmigrantes se identificaban con las luchas posteriores a la independencia. Podrá parecer ridículo, pero en mi país, después de la Guerra Civil, el Sur era totalmente demócrata. Hay un componente emocional muy fuerte: en plena Guerra del '4, cuando el ejército del gobierno avanzaba hacia una localidad, una mujer negra salió a buscar a su patrón diciendo "los salvajes vienen". Eran "los salvajes unitarios" de la época de Oribe.

Creo, además, que la gente se incorporó a la tradición colorada —en este caso— antes de lo que se supone. Cuando Batlle partió para Europa, luego de su primera presidencia, el Partido Colorado gastó mucho dinero para llevar 20 mil personas a la despedida, demostrando el gran apoyo popular. Para medirlo no debe tomarse en cuenta solamente las cifras electorales, en la medida en que las elecciones carecían de garantías.

—Ud. ha identificado al Batlle de los años 20 como el de mayor radicalización ideológica, lo que sin embargo contrasta con la famosa estrategia de los "acuerdos colorados" que él mismo diseñó y que terminaron neutralizando y bloqueando muchas de las propuestas reformistas y llevando a muchos colorados conservadores a puestos relevantes de gobierno. ¿Puede percibirse allí un fracaso político de Batlle en el control de su propio partido?

—Debe reconocerse en Batlle una habilidad tremenda para tener objetivos de largo alcance y para trabajar con

problemas políticos del momento. En el '16 el colegiado fue aparentemente derrotado: a pesar de la victoria anticollegialista (y con la cooperación de Viera), Batlle maniobró y asustó a los blancos con su tercera presidencia. El resultado fue el "colegiado-presidente", es decir, de la derrota, una victoria. Además, a pesar del traspie electoral, el batllismo salió fortalecido; terminó siendo la columna vertebral de la vida política.

En la década del '20, Batlle puso mayor énfasis en el colegiado y se negó a que los batllistas llegaran a la presidencia de la República. Prefería ubicarlos en el Consejo Nacional de Administración porque estaba convencido de que finalmente serían mayoría. La otra cuestión central residía en evitar el triunfo nacionalista y es en este marco que se ubica la política de los acuerdos colorados: es mejor la unidad colorada que el triunfo de los "oribistas" y de los "empresistas". Si bien esto moderó el programa de reformas, Batlle no se desanimó porque creía en la democracia en sí misma, en la democracia como una culminación. Después de la derrota del 30 de julio aceptó los resultados: "es una victoria democrática aun si nosotros no hemos triunfado". Sus prioridades estaban bien marcadas: primero, la seguridad del país (en el sentido de ausencia de guerras civiles); segundo, la democracia; tercero, las reformas posibles en el momento; y cuarto, las reformas posibles en el futuro.

—En el Uruguay está formándose tardíamente la Ciencia Política, y sus enfoques recaen predominantemente sobre los sistemas electorales y sobre el sistema de los partidos políticos. También hay enfoques históricos que tienden a aceptar las constantes de la historia partidaria del Uruguay. Es seguro que ambas líneas serán profundizadas, más en la perspectiva de los partidos que de las figuras; más en la articulación de los partidos —en la realización de tareas comunes más allá del conflicto— que en la perspectiva de los desarrollos espe-

cíficos de cada uno de los partidos. Se sostiene que una de las características de las estructuras político-partidarias en el Uruguay consiste en que los liderazgos están supeditados a las grandes identidades políticas permanentes: la blanca, la colorada y, en menor medida, la socialista, la comunista y la socialcristiana. De alguna manera, ¿el batllismo es una confirmación de esta regla, un caso de esta regularidad en tanto que una figura de la dimensión y del vigor de Batlle y Ordóñez no parece haber trascendido nunca los límites de la adhesión al Partido Colorado?

—Es cierto que nunca dejó de ser colorado. Yo creo que en política, el líder puede cambiar una situación. Uno puede afirmar que Cuba no habría ido naturalmente al comunismo sin una revolución encabezada por Fidel Castro. Yo veo al líder político como aquel que rompe barreras y crea una nueva situación. Es muy difícil —por eso soy historiador y no sociólogo— armar un modelo que explique para todas las épocas y todos los lugares los momentos en que un líder puede y no puede.

Las relaciones entre los partidos se han estudiado más en lo que se refiere a la coparticipación que en la vinculación de ésta con las políticas de gobierno. Estimo que el principal efecto es el de haber obligado al consenso necesario para la implementación de políticas de mínimo perfil. En un país en el que las diferencias electorales son mínimas, se impone la transacción, esto es, la política de la aceptación del común denominador o del denominador más amplio.

—Pero, ¿Batlle podía haber fundado realmente un partido fuera del Partido Colorado?

—Nunca...

—El reproche de Frugoni, ¿estaba entonces proyectado a un imposible?

—En el siglo XIX era muy común que los intelectuales propusieran eliminar los partidos tradicionales. En la Argentina tuvieron éxito: los unitarios

desaparecieron, el Partido Conservador de Julio Roca desapareció. Solo el radicalismo, un partido relativamente nuevo, ha perdurado. Con el peronismo vamos a ver qué pasa. En el Uruguay fue distinto: Batlle aprovechó muy bien la fuerza de los primeros años de gobierno; lo hizo con gran habilidad y de una forma inesperada. Yo he preguntado en otra oportunidad: ¿qué habría sido del país sin Batlle? Y creo que se habrían solucionado los problemas entre blancos y colorados; que habrían gobernado los bien intencionados como Williman, Rodó, Juan Andrés Ramírez; que el régimen habría sido democrático, sí, pero muy moderado. Por eso creo que la habilidad de un líder excepcional como Batlle reside en usar algo que en sí mismo no iba necesariamente en esa dirección ó en otra.

—Ud. hablaba hace un rato de los factores que podían explicar el freno de la serie de desarrollismos, y fundamentalmente apoyaba su argumentación en las características de la sociedad uruguaya, una sociedad conservadora; son razones internas. Otros han insistido más en los factores externos: en la presencia de la influencia británica, por ejemplo, como un elemento fundamental en el bloqueo de una experiencia como la del batllismo. ¿Cómo ve Ud. el tema del Imperio Británico? ¿Cómo percibe Ud. la forma en que el batllismo ha proyectado la inserción internacional del país?

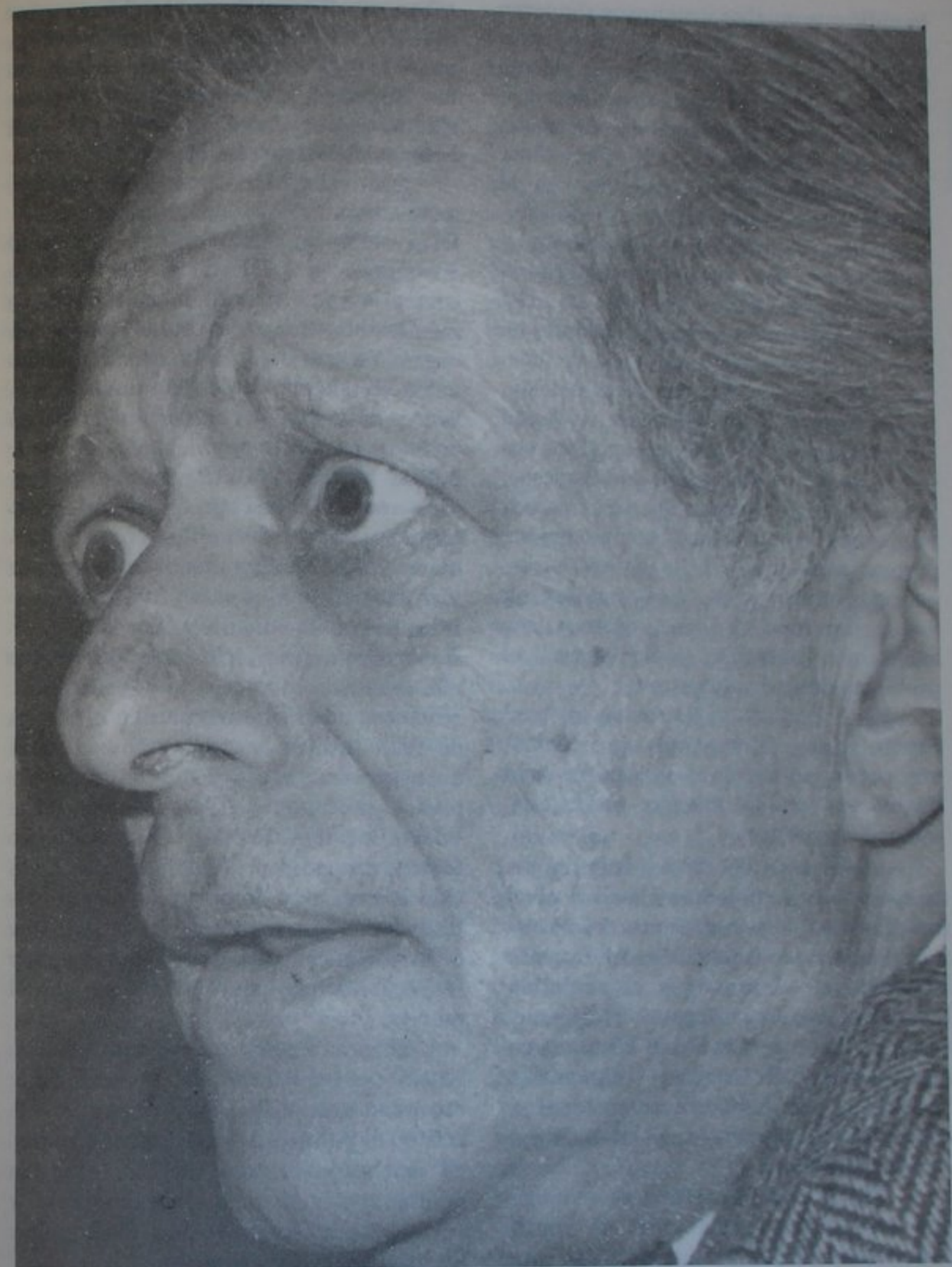
—A este respecto yo comenzaría señalando que es mucho más fácil gobernar en momento de auge que en momentos de dificultad económica. Resulta obvio que los ingleses no querían perder sus inversiones sin ganar lo más posible. Batlle no se desanimó cuando los ingleses desafiaron abiertamente su proyecto de monopolio del Banco de Seguros. Ante las presiones, cambió la estrategia. Y en vez de expropiar o comprar los ferrocarriles, compitió con ellos.

Ante este tipo de problemas, es siempre fácil culpar a los de afuera, pero mi opinión es que la responsabilidad fun-

damental de estos fracasos es de los uruguayos.

Claro que la situación económica y el contexto exterior constituían un límite. A fines de la segunda presidencia, Batlle tenía planes para electrificar los tranvías del norte, tenía planes para construir una red de ferrocarriles, para fortalecer el Instituto de Pesca, para el puesto de La Coronilla, y podría seguir haciendo una lista tal vez de 40 ó 50 proyectos, de los cuales 10 ó 20 valdrían la pena aún hoy, después de 75 años. ¿Quién tuvo la culpa? En parte la situación externa, pero más el sistema político, que dijo "no, no los necesitamos".

Más específicamente, no creo que los ingleses hayan influido decisivamente en la política de aquellos años. El embajador británico nunca llegó a dar libras esterlinas a los líderes opositores para apoyar su campaña, como pasa hoy en día. Nadie ha dicho, que yo sepa, que los ingleses trataron directamente de derrocar a Batlle, aunque es seguro que no lo aplaudieron. Lo que trataban de hacer, en realidad, era impedir que el Uruguay expropiase las compañías inglesas sin pagar una compensación alta. No solo en función de lo que había, sino también en la perspectiva de las ganancias futuras que iban a perder; un concepto legal espléndido para todo aquel que tiene algo. En la cuestión del Banco de Seguros, Batlle y Serrato lo arreglaron todo de una forma en que legalmente no expropiaban nada. Las pólizas existentes continuarían, pero en el futuro —como cualquier gobierno tiene el derecho de decir que determinada actividad no puede continuar— ya no podían suscribir nuevas pólizas. Los ingleses contestaron: "¡pero vamos a perder las ganancias futuras y tenemos derecho a ser compensados por esto!". Hoy en día este es un principio legal internacional muy dudoso: cuando un país exporta (por ejemplo, el petróleo), no paga por las ganancias futuras perdidas. En síntesis, la razón fundamental por la que los uruguayos no continuaron la política reformista en la década del '20 proviene



del hecho de que no lo querían, ya que el consenso político se orientaba hacia allí. Después de la Segunda Guerra, cuando los ingleses debían tanto y los uruguayos tenían tantas libras esterlinas bloqueadas, en vez de pagar con cosas que el país necesitaba, los ingleses pagaban con ferrocarriles viejos, que por cierto constituían una de las compras menos acon-

sejables por entonces. Creo que el viejo Batlle nunca lo hubiera aceptado, pero Luis Batlle vio en todo aquello el sueño de su tío. Los ferrocarriles, los tranvías, serían por fin uruguayos.

Muchos hombres de la élite política uruguaya —Williman, Vázquez Acevedo, entre otros— han dicho que el capital extranjero ha hecho a este país. Pero ello no

impidió que muchos uruguayos siguieran dudando de eso. Claro, la dependencia del país —y no tengo ningún problema en asumir el concepto de dependencia— era una desventaja tremenda. Tener que pedir prestado dinero al exterior y tener muchas inversiones extranjeras en el país no era nada fácil. Pero, dicho esto, creo que los problemas específicos y cruciales hay que referirlos y explicarlos por lo ocurrido dentro del país. La gran ola de estatización uruguaya después de la Segunda Guerra contó con la cooperación, por no decir con la imposición, de los ingleses para balancear su deuda con el Uruguay. Y como la Argentina era parte de lo mismo para los ingleses, Perón hizo otro tanto frente a los mismos problemas: compró cosas sobrevaluadas porque sabía que, de lo contrario, no podría obtener nada. Los ingleses no iban a dar ropa ni nada a estos países hasta que Inglaterra "solucionara" el problema de su deuda externa.

¿Qué podían hacer estos países? Frente a las alternativas que tenían, prefirieron las menos riesgosas. El viejo Batlle, en cambio, siempre prefirió acciones más riesgosas.

—La década del '20 fue muy importante en acontecimientos claves a nivel internacional: el surgimiento del fascismo, progresiva declinación del Imperio Británico en el mundo y el paulatino levantamiento del Imperio Norteamericano: ¿Cómo se situaba el Uruguay en aquel mundo? El Uruguay —digamos— "batllista", su política internacional y, sobre todo, su referencia colectiva ante el suceder mundial?.

—Bueno, en ese entonces —tengo que repetir esto— las ideas de Batlle dominaban. En la Convención batllista muchos argumentaban y discutían, pero finalmente Batlle hablaba y su posición ganaba.

La ideología batllista es la ideología de Batlle aceptada por los batllistas. Esta es una idea en la que quiero poner mucho énfasis. Batlle no era simplemente el líder de cierta ala del partido; era la figura que daba las ideas que los que es-

taban con él aceptaban, para bien o para mal. El batllismo en ese entonces era muy favorable a la acción de la Liga de las Naciones, dado que Batlle la consideraba como algo asimilable a lo que él había propuesto en La Haya.

Era también muy pro-panamericano. Era antifascista: cuando el hijo de Víctor Manuel vino al Uruguay, "EL DIA" se mostró muy contrario a su visita. Asimismo, Batlle se manifestaba muy favorable hacia los negros de este país. En la década del '20 había un jefe político de Montevideo que llegó a decir que una ciudad civilizada no podía tener policía negra, tenía que tener policía blanca. Y Batlle protestó; dijo: "los morenos (así prefería llamarlos) tienen tantos derechos como cualquiera". Esto no era menor en una época y en un país en que este problema no estaba bien solucionado y, por el contrario, existía un prejuicio contra los negros que venía de la época de la esclavitud. ¿Cuántos de ustedes recuerdan la novela de Trillo (tal vez la primera novela sobre un negro uruguayo) y qué es lo que le pasa al protagonista? Los negros en la Policía de Montevideo finalmente no fueron despedidos. No digo que haya sido la cosa más importante que Batlle hizo en su vida, pero no creo que carezca de importancia. Constituyó una reacción consecuente con su manera de ver el mundo.

Herrera era antimperialista en otro sentido; era el líder blanco favorable a la inversión extranjera, pero contrario a la actividad política de los Estados Unidos. El antimperialismo de Herrera era político, no económico; él lo desarrolló y creo que también lo usó para distinguir a los blancos de los colorados.

—La famosa relación de Batlle y el batllismo con los latifundistas, con los grandes estancieros, los grandes propietarios agrarios: ¿Hasta dónde Batlle fue frenado en la reforma del agro? ¿Hasta dónde fue consciente de que la inserción del Uruguay en el comercio internacional exigía o dependía de los ex-

cedentes agrarios? ¿Se limitó a repartir el excedente, a redistribuir ese excedente? ¿No quiso arriesgar una reforma cuyas repercusiones sobre el comercio internacional del país no visualizaba y, quizás, el análisis económico de la época tampoco percibía con claridad?.

—Batlle no estaba contra el latifundio en el sentido de que quisiera dividir lo grande en chico. Quería forzar al dueño a trabajar la tierra, ya que si no la trabajaba no valía la pena para el dueño continuar teniéndola, ya que sus impuestos crecerían tanto que perdería dinero. Su plan era forzar el uso intensivo de la tierra. La concreción de estos planes resultó muy difícil dada la situación política de este país, en el que los estancieros eran tan poderosos. No es sólo que fueran socialmente conservadores; eran también económicamente poderosos. La Federación Rural había sido organizada para oponerse al colegiado, no tanto al colegiado como una forma exótica de gobernar sino como el símbolo del peligro del radicalismo. A este respecto recuerdo aquel famoso episodio en que Brum fue expulsado del Congreso Fundacional de la Federación Rural. Creo que Barrán y Nahum, con sus investigaciones, están rebatiendo la idea tradicional de que los estancieros no tenían nada que temer de Batlle. Todo lo contrario, tenían mucho que temer y se organizaron para resistirlo. Fueron un factor poderoso en la resistencia contra las reformas de Batlle. Yo diría que Batlle no propuso este programa como un ejercicio escolástico sino como un programa de acción, programa de acción que él esperaba realizar en el futuro. Claro que quería cambiar la manera de trabajar la tierra en este país; quería desarrollar la agricultura, pero también mejorar la estancia. Por eso digo que los estancieros contribuyeron a la derrota. Tenían también mucho poder entre los riveristas y entre los blancos, el suficiente para evitar cualquier proyecto que a ellos les pareciera inaceptable.

La idea central en Batlle era que este país necesitaba tener una economía

mucho más diversificada. Era un entusiasta de cualquier cambio; esta es la gran diferencia política entre él y Herrera. Herrera decía: "doy a los uruguayos lo que quieren". Batlle decía: "hay que hacer del Uruguay lo que necesitamos". Esta es una gran diferencia.

Visto así uno puede decir que mis preocupaciones parecen muy anticuadas desde el punto de vista de la historiografía. No creo en eso, naturalmente. Si lo creyera, cambiaría.

—¿Por qué anticuadas?

—Porque doy mucha importancia a dos cosas: primera, el rol del líder, que desde Carlyle ha sido considerado una exageración tremenda; y segunda, la idea de "preocupaciones colectivas" de la sociedad, en vez de la de "mentalidades dominantes". Esto no quiere decir que no haya que investigar en la relación de la política y la estructura social, pero en mi opinión es imprescindible también investigar la política, y la estructura social desde el punto de vista político. Creo que, por lo general, se lo hace al revés: para referir un símbolo batllista se estudia a la política como si fuera un "sobretodo" que oculta al cuerpo. El cuerpo sería la estructura social oculta por la divisa. Sin embargo, la sociedad contemporánea nos revela la fuerza de lo político, su capacidad de permitir los procesos hasta cierto punto. En segundo lugar, yo diría que la estructura social uruguaya de principios de siglo, en mi opinión, tiene una cosa fascinante, y es que la gente rica estaba bien organizada: la Asociación Rural, la Cámara de Comercio, la Cámara de Productos del País, la Unión Industrial Uruguaya, la Cámara de Mayoristas, la Cámara de Minoristas, etc. Los sindicatos, en cambio, eran muy flojos, muy débiles, y en el resto de la sociedad existía mucha incertidumbre acerca de la real ubicación que se tenía dentro de la estructura social.

¿Qué efecto tenía esto? El efecto era la influencia innegable que los ricos tenían sobre el gobierno, sobre la economía política. Las interrelaciones entre políticos y hombres de fortuna eran muy



fuertes. Por ejemplo, Cuestas era un banquero; Vázquez Acevedo y Rodríguez Larreta, líderes de los blancos, eran abogados de los ingleses. Rodríguez Larreta había arreglado la concesión para los trolleys eléctricos y Cuestas, su adversario, lo vetó. Para calmar a los blancos, Batlle, en la primera semana de su presidencia, levantó el veto. Rodríguez Larreta arregló esa concesión en 500.000 libras esterlinas, siendo sus honorarios proporcionales con el resultado obtenido. Viendo ese tipo de vinculaciones y cómo jugaban en la práctica social, ¿ustedes creen que alguien que quería reformas sociales basadas en la clase trabajadora en ese entonces llegaría muy lejos? ¿A dónde llegaría? A la Isla de Flores.

— Por último, ¿qué le sugiere Milton Vanger a los historiadores uruguayos?

— Señalaría dos reflexiones. Primero, la Historia y, sobre todo, la interpretación de la Historia Política deben mirar la colectividad en su globalidad, no

sólo las partes de la colectividad. Tienen que ver las partes pero tienen también que ver la colectividad en su conjunto.

Segundo, la historia uruguaya presenta elementos del mayor interés mundial. Uno de los más llamativos para mí es el uso de la tradición política para cambiar una sociedad, algo que no es muy común y que vale la pena estudiar, no sólo para los uruguayos sino para el mundo. Yo vivo esperando ver a los uruguayos no sólo recibiendo del exterior sino contribuyendo. Porque los historiadores aquí no sólo tienen que estar al día con los anales, con los especialistas americanos, con los computadores. Sin embargo, ¿por qué ellos no pueden, mirando la historia de este país, contribuir al entendimiento histórico general y, en vez de ser sólo receptores, ser contribuyentes originales? Este es mi sueño personal: ver a los historiadores uruguayos contribuyendo y no sólo recibiendo. Ya sea que estemos en la tacita de plata o en el culo del mundo, pero prefiero considerarlo la tacita de plata. O.K.



centro de investigación y docencia económicas

## NOVEDAD EDITORIAL

—Economía de América Latina—  
RESPUESTAS EN CURSO FRENTE A LA CRISIS

Número 14

1986

### ARTÍCULOS

¿Ajuste o reactivación?: los dilemas de la política económica en la actual crisis. *Hilda Sánchez y José Luis Solís*

Más allá del ajuste: el desafío latinoamericano. *Carlos Ominami*

La hiperinflación como instrumento de política económica. Argentina 1975-1985. *Guillermo Vitelli*

El servicio de la deuda externa y su efecto en los programas de recuperación: el caso de México. *Manuel Aguilera*

La nueva política económica en Nicaragua: un reajuste necesario. *Roberto Pizarro*

Auge petrolero, estancamiento, políticas de ajuste y posibilidades de reactivación económica en Venezuela. *Miguel A. Rodríguez*

### ESTUDIOS TRANSNACIONALES

Crisis de endeudamiento y primeras redefiniciones respecto al tratamiento del capital extranjero en América Latina. *Samuel Lichtensztejn*

Concentración y transnacionalización: tendencias durante los últimos veinte años. *Raúl Trajtenberg*

Las empresas transnacionales y la crisis del sector externo de la economía latinoamericana: situación y alternativas. *Eugenia Lahera*

Deuda y dolarización. *Pierre Salama*

### DIFUSIÓN E INFORMACIÓN

Tres apreciaciones de la crisis latinoamericana. *Antonio Avila*

La apertura externa y el sector industrial: la experiencia reciente del Perú. *Germán Alarco y César Falconi*

Suscripción  
(2 libros al año)

	Anual	Bianual
México	\$ 4 500.00 M.N.	\$ 8 000.00 M.N.
Continente Americano	\$ 34.00 U.S.	\$ 60.00 U.S.
Europa y Resto del Mundo	\$ 40.00 U.S.	\$ 70.00 U.S.

(Incluye envío por correo aéreo)

Informes para ventas y suscripciones:

Difusión y Distribuciones CIDE

Apartado Postal 116-114

01130 México, D.F.

Tel. 259-12-10 ext. 189

570-49-43 directo